



# El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 1/2 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Moimattre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 124.

LUNES 8 DE JUNIO DE 1891

## ALMANAQUE ILUSTRADO DE EL ECO DE CARTAGENA para 1892.

Se admiten anuncios en la Administración de este diario.

### LA SEMANA ANTERIOR.

Siete días menos de vida y una novillada más.

Esta es la síntesis de la semana que acaba de transcurrir. Porque han de saber ustedes que en esta capital de departamento y de provincia militar, en esta cabeza de obispado, en esta novena ciudad de España, donde según la fama con reconoció la justicia pregona, imperó siempre el buen gusto, se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte, la *cuernomanía* de tal suerte y en tal grado, que á seguir por ese camino ya no tienen que preocuparse los padres de familia de la carrera que han de dar á sus chicos.

A bien que, después de todo, la de torero es la más lucrativa, aun que tiene sus quiebras.

Un amigo nuestro con quien paseábamos el domingo anterior, hizo la observación muy atinada, de que ya no se ve gente por las tardes en ciertos sitios antes concurridos y ahora completamente desiertos porque todo el mundo se va á la plaza.

Más de una hora duró nuestro paseo y solo nos encontramos en varias calles tres distintos grupos de niños bien pequeños por cierto, jugando al toro.

Seguramente no pudieron alcanzar billetes para la corrida que se celebraba y se desquitaban dando clase particular; porque los chicos no juegan ya como en otras épocas, al trompo, á la pelota, al tés etc. etc.

Hoy no hay más que *cuernófilos*, como denomina nuestro amigo R. á esos aficionados en quienes desde la más tierna edad se desarrolla con tal ímpetu la afición á los cuernos, de los que Dios les libre. Y no son solo los chicos si no también los mayores de edad quienes sienten esa coñez de tauromanía, con virtiendo en academia dominical el redondel.

Preciosas moñas, cabezas de toro disecadas, trofeos de banderillas y otros atributos constituyen el adorno de más de un lujoso escaparate ante los cuales todas las noches de la semana hay gran concurrencia de admiradores, en número bastante mayor, pero muchísimo mayor que si se exhibiese algún cuadro de *Fortuny*.

Y es de ver el interior de algunas casas durante los seis días que preceden á la obligada lidia.

En la de D. Cornelio andaban desde el lunes muy atareadas la Sra. D.<sup>a</sup> Purificación, de quien cuentan que fue muy dada á eso en sus verdes años, y sus dos hijas, jóvenes atrasadas en su carrera.

Se trata de que las niñas se presenten como Dios manda, ya que se les depara la ocasión de exhibirse en público.

—Maldita sea mi suerte, dice el padre. Solo faltaban estos toritos para hacerme gastar.

—No seas cabezudo, Cornelio, replica doña Pura, acuérdate que yo te conocí en una becerrada y quien sabe lo que las chicas pueden sacar en la del domingo.

—Sí, sí; por de pronto ya me has sacado á mí el dinero para los tragecitos, y á ellas de quicio.

La cocinera anda también revuelta pues su novio militar por más señas, muy torero él, la convidó todos los domingos á la plaza, con cuyo motivo se marcha más temprano que de ordinario y vuelve más tarde á casa, con detrimento de los quehaceres domésticos.

Los chicos que los hay de todas menas, en vez de estudiar se ocupan en leer el «Torero cómico», «La lidia» y otras revistas ilustradas del arte para ir formándose.

—Pero, Pura, se permite exclamar alguna vez D. Cornelio ¿pueden verse con tranquilidad cómo pierden el tiempo estos niños tan distraídos con los dichosos periódicos taurómicos y las endiabladas corridas de becerros?

—Bonito porvenir les espera!!

—Anda, anda—refunfuña doña Pura.—Fortuna te dé Dios hijo que el saber poco, te vale. Valientes estudios han hecho «Lagartijo» y «Frasuelo» para ganar tantos millones.

\*\*\*

Entre dos *diletanti*.

—Vienes al Circo?

—No voy hasta que hagan «Toros de punta», «En las astas del toro» ó algo así que tenga carácter.

\*\*\*

En un duelo.

—Me escribe Antonio que te dé el pésame de su parte por la muerte de tu hermano.

—Gracias. Devuélveselo.

(Histórica)  
L.

## VARIEDADES

### DE ACTUALIDAD

#### COLABORACION INEDITA.

O nuestros respetables predecesores mentaban más que la «Gaceta» —¡y ya era mentir!—ó el mundo ha cambiado mucho en pocos siglos: aunque muy bien puede ocurrir que sean verdad ambas cosas: lo del cambio del mundo y lo de la embustería de nuestros abuelos (á quienes Dios haya perdonado; amén).—Ello es que en comedias y en novelas, en cuentos y en historias, se

habla con frecuencia de las *mañanitas de Mayo*, y hasta de las de Abril florido (¡buenas flores te dé Dios!). ¡*Mañanas de Abril y Mayo!* titulaba uno de los más fecundos dramaturgos de nuestros siglos de oro á uno de sus más lindas creaciones.

«Huésped eterno de Abril florido» nombraba al *céfiro blando*, uno de los más elegantes poetas líricos del Parnaso español, y puedo asegurar á Vdes. que ahora mismo, y cuenta que ya estamos en Junio, como quien dice en la canícula ó poco menos, estoy escribiendo estas cortas líneas, al calor de... la chimenea de mi despacho.

Por eso digo: ó ha variado mucho este clima desde entonces acá, ó los que tales cosas escribían faltaban á la verdad como unos bellacos.

Me parece verosímil que en efecto el planeta tierra se vaya enfriando como asegura Flammarión, pero ¡caracoles!—y Vdes dispensen—me parece que vamos demasiado de prisa en esto del enfriamiento. Porque yo que no soy octogenario, ni sexagenario, siquiera, aunque pase de cincuenta, recuerdo perfectamente que en otros años, ayer, como si digéramos, en el mes de Junio ya no era posible llevar abrigos ni *habla* quien resistiese una sesión de Cortes entera; bien que ahora sucede lo mismo, pero no por causa del calor.

Y lo que es en este año de gracia de 1891, nadie diría que hemos entrado ya en Junio, si no fuese por que nos lo dicen á voces los exámenes que están verificándose en todos nuestros establecimientos oficiales de enseñanza; y los exámenes dichosos interesan preferentemente, no ya solo á los examinandos, que son bastantes, sino á las familias de los examinandos: ¿Y en qué familia no habrá un estudiante, á lo menos? Pues dicho se está que para los estudiantes y sus familias, desde que entra Junio hasta que sale Junio, hay un solo asunto: el de los exámenes: *la nota del chico*. No hablen Vdes. hoy

otras muchísimas cosas que tal vez á los muchachos, ni á sus padres, y mucho menos á sus madres; de la crisis obrera, ¿qué les importa eso? ni de la prórroga del monopolio del Banco; ni del aumento de la circulación fiduciaria; ni de la novela del Padre Coloma; ni de nada que no sea los exámenes; los exámenes, los exámenes... «*That is the question*», como dice Hamlet.

Y por cierto, ya que de exámenes se habla, que andan ahora discutiendo algunos amantes de la juventud acerca de si son convenientes ó son perjudiciales esos ejercicios y sobre si deben continuar, ya en la forma que hoy tienen, ya en otra forma; ó si valdría más suprimirlos por completo. Si Vdes. me pidieran mi parecer yo les diría paladina y resueltamente, que deben ser suprimidos, como cosa que ó no sirve para maldita de Dios la cosa, ó si sirve para algo es para llevar trastornos y disgustos innecesarios á las familias; para mortificar á los niños pundonorosos y aplicados haciéndolos contraer, acaso, en edad temprana, achaques y dolencias de resultados funestos; para enseñar á los estudiantes desaplicados y de poca vergüenza, cuan facil es ganar curso ya un obtener notas brillantes, sin haber estudiado una palabra.

Les diría con sinceridad y con franqueza, como quien expone opiniones fortificadas por muchos años de práctica incesante, que los exámenes en la forma en que hoy se practican á nada útil conducen, absolutamente á nada; que son, por regla general, una farsa. Y de que lo sean no tienen la culpa los profesores, ni los discípulos: la tiene el hecho mismo que es absurdo, porque absurdo es intentar lo imposible. Que darles otra forma es difícilísimo y lo será más cada día, dada la progresión que de un año para otro cuenta el número de estudiantes y por consiguiente el de examinandos y graduandos. Les diría... les diría

—323—

—Señora marquesa, dijo el servidor; el cochero de la señorita Fernanda me vió esta tarde y me anunció que á estas horas sería la boda de la señorita Julieta. Se me olvidó decirlo á V. S. antes. Sin duda están ahora en la ceremonia.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando un coche arrastrado por dos soberbias mulas, pasó junto á ellos y se detuvo delante del palacio.

—¿Qué coche es ese? preguntó la marquesa al lacayo.

—Del señor obispo, contestó aquél.

—¡Vaya!... ya estamos todos.

A poco oyóse el estruendo de otro coche que venía del palacio. Pasó como un meteoro, perdiéndose en breve su figura en la sombra y el ruido en el espacio; luego otro y otro que desaparecieron instantáneamente, y con breve intervalo siguió otro que venía al paso.

—Los novios!, dijo la marquesa asomándose y sonriendo irónicamente; ¡los novios!

Era, en efecto el coche de Guillén, en cuyo fondo iba reclinada Julieta acompañada de su esposo y de los condes de Ozores.

—Ese, dijo el lacayo oficiosamente; es un

pero no la esencia de la misma en el porvenir. La despedida de Octavio rompía un eslabon de la cadena que la unía al palacio de Arias, pero aun restaba el otro, Fernanda, voluntad impedida siempre por la pasión; Fernanda unida á Julieta por el afecto y el parentesco, Fernanda unida por lazos de la sangre á Octavio y por los dolorosos de los últimos acontecimientos á Guillén, Fernanda en quien la marquesa podía ejercer sus fueros y sujeciones de siempre; arma formidable que el despecho podía arrojar ante el paso de Guillén, ante Julieta, ante Octavio, derramando sombras sobre la felicidad si renacia, ó removiendo, para lastimar las almas, las cenizas del pasado.

El carruaje de la marquesa se detuvo. A través del vidrio y á través de los árboles de Recoletos, los ojos de la marquesa descubrieron el gentil contorno del palacio de Arias.

De algunas de sus ventanas, de la que pertenecía al oratorio principalmente, salían torrentes de luz. Las demás ó estaban cerradas, ó á través de sus vidrios solo se percibía la oscuridad.

El lacayo saltó del pescante, y se aproximó á la portezuela. La marquesa bajo el vidrio.

—322—

mandó retirar la comida, poner el coche y cubriéndose con su elegante abrigo de terciopelo abandonó el gabinete, descendió por la marmórea escalera, y hallando al coche en el vestíbulo, le dijo al lacayo que descubierto respetuosamente mantenía abierta la portezuela:

—A la casa de la señorita Fernanda.

Ya iba el lacayo á cerrar la portezuela y á trasmitir la orden al cochero, cuando la marquesa deteniendo con un ligero gesto la iniciativa de su servidor, le dijo comentando y aclarando al par la orden:

—Pero no al palacio mismo, sino á los alrededores de él; y si hubiese algun sitio á propósito donde el coche pueda detenerse sin ser notado, allí situais el carruaje. Más tarde, añadió notando la extrañeza del lugar; más tarde entraremos en palacio. Esta noche hay boda en él, concluyó sonriéndose irónicamente; y no pretendo inmiscuirme en la ceremonia.

Saludó el lacayo, y ya iba á subir al pescante y unirse á su compañero, cuando la marquesa le llamó nuevamente y con su acostumbrado imperioso acento le ordenó:

—319—